

La comunicación visual desde las voces del cuerpo

Juan Ayala Veloso

Bold (N.º 3), pp. 50-56, octubre 2016

ISSN 2524-9703

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata

La comunicación visual desde las voces del cuerpo

Juan Ayala Veloso - juan.ayala@usm.cl
Departamento de Estudios Humanísticos
Universidad Técnica Federico Santa María Chile

Resumen

Este ensayo se enfoca desde la premisa del encuentro, entendido como un instrumento de relación social, que reconoce en el estudio de la obra de arte y de la poesía, un espacio que valoriza al otro como persona y como sociedad. Estudiaremos la obra de artistas y de poetas americanos, a razón de que sus creaciones diseñadas desde esa actitud estética surgen de su percepción sensorial, la que se concreta en obras de lectura abierta y liberadora. Además, expondremos la necesaria coherencia que debiera existir entre actitud vital, planteamiento estético, manifestación en obra contemplada por el lector, instante del posible encuentro.

Palabras clave

Encuentro; sonido; palabras; diseño; estética



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivar
4.0 Internacional

A fines del siglo XV europeo un proyecto comercial privado deviene en lo que se denominó el Descubrimiento de América, causa y consecuencia historiográfica para todo un continente: la cultura indígena es una cultura interrumpida. Mundo indígena consciente de su fragilidad, generador de un trauma, el que nace no del histórico corte secular, sino de comprobar que en el día a día el *encuentro* no se produce. ¿Cuál *encuentro*? El del primer mundo económico con el subdesarrollo austral, el de los ciudadanos con las castas dirigentes, del centro con la periferia. La irrupción y la castración histórica se trasladan al presente, actualizándose a cada momento.

Pero en la América mágica las profecías se cumplen, el otro llega, no estamos solos en el mundo, nos dice Carlos Fuentes. En su obra *En esto creo* (2002), el autor puntualiza que de la conquista de América no nació un orden justo; aunque de ella haya surgido la lucha por los derechos humanos, quizás a tanta barbarie se debía oponer un sistema de justicia. Desde Fray Bartolomé de las Casas hasta Francisco de Vitoria, pasando por el padre Valdivia, España entregó la lección de la Guerra de Reconquista y la de la Revolución de las Comunidades de Castilla de 1519. El consentimiento de todos o la voluntad general fueron conceptos tan arraigados en los castellanos que, al llegar a América, se transmitieron sin mediar frontera alguna. Sin embargo, así como en la España carlista esto no fue tolerado ni menos permitido, en América la conquista y la colonia perpetuaron el sistema monárquico (Fuentes, 2002). Consecuencia necesaria era que acontecida la independencia, el modelo de gobierno y el desarrollo cultural francés –al cual la América derivó y luego su reemplazo por el inglés–, continuaran las prácticas absolutistas, aun cuando estuvieran teñidas de democracia, esto solo acentuó la diferencia social y la falta de justicia, sinónimos de tercermundismo, de pobreza y de marginalidad.

En ese escenario, y en la misma línea de Fuentes, el cubano José Martí fue un adelantado al proclamar, en su ensayo político *Nuestra América* (1963), su grito de injusticia y de dignidad. Del mismo modo, don Andrés Bello defendía, a comienzos del siglo XIX, desde la Legación de la Gran Colombia, la necesidad de rescatar la cultura local (Durán, 1999). Sin embargo, fue hasta entrado el siglo XX cuando los artistas de América se consagraron como

testigos de que la lucha de los frailes defensores de los derechos de indios podía lograrse y concretarse en una obra que trascienda y que se encarne apasionadamente en la sociedad. Esto se legitimó cuando algunos de ellos recibieron el Nobel de Literatura que, en definitiva, supone reconocer su sentido y su responsabilidad socio-histórica, amparada por la comunidad internacional. Este galardón confirma que siempre hay una posibilidad del *encuentro* en la historia. Cuando teoría de vida y fundamento estético se encuentran en un cuerpo poético o artístico, el ciudadano puede comenzar a contemplar la vida misma y encontrar en el trabajo de los creadores un *sentido desde los Sentidos*, que cruce todas las manifestaciones artísticas y culturales, incluido el diseño visual y de comunicaciones.

Si bien Alfonso Reyes declaró que América «llegó tarde al banquete de la civilización» (Fuentes, 1992), a pesar del tiempo transcurrido, esto no es obstáculo para integrar debidamente los dos elementos básicos de la economía y para generar un sistema virtuoso que concilie producción y distribución con el consumo y con el bienestar. Para ello, el diseño es una disciplina fundamental en el desarrollo de esta integración. Al cumplir su función comunicativa, enlaza el eje económico financiero que parte con la producción y que termina con el bienestar. El diseño, al comunicar las virtudes de la Materia, permite que ésta –en su estado inerte u orgánico– se convierta en Sustancia, que trascienda su primera condición de Accidente. Cuando el diseño da densidad de contenido a lo que comunica, su función de dar bienestar a la ciudadanía se llena de humanidad. Será, entonces, tarea de los artistas, de los creadores y de los comunicadores atender esta demanda política, humana y ciudadana. Consideremos, por ejemplo, la obra de Pablo Neruda. Cuando por 1950 escribe *Canto General*, compone un camino de redención metafísica desde el deshumanizado mundo masificado hasta la comunión con un pasado que es paisaje humano y arqueológico, América. En esta obra, el poeta declama desde el dolor, pero dolor que mira al futuro con seria esperanza. El telúrico ethos nerudiano se conmueve desde las raíces

americanas. La aparente quietud contemplativa de la vida y del paisaje se torna en acción política.

Nuestra tierra, ancha tierra, soledades,
se pobló de rumores, brazos, bocas.
Una callada sílaba iba ardiendo,
congregando la rosa clandestina,
hasta que las praderas trepidaron
cubiertas de metales y galopes.
Fue dura la verdad como un arado
(Neruda, [1950] 2004: 103).

En *Canto General* ([1950] 2004), Neruda recorre la historia de América. En los poemas «Los Libertadores» y «América Insurrecta» declara la misión y el destino de cada héroe independentista. En estos versos tensiona el momento de la ruptura emancipadora, desde la callada sílaba que ardía y que se atemperaba para dar paso al trepidar de los metales y de los galopes. Cada gran artista de América viene a ser un impulso para que vuelvan a trepidar los metales y los galopes. Cada comunicador debiera caminar por ese mismo sendero. El poema «Alturas de Macchu Picchu» es la primera imagen esperanzadora de la literatura sudamericana; es la lengua española la que yace en paz consigo, los muertos pueden finalmente ser libres y volver a nacer. Pero, a pesar del esfuerzo del *encuentro nerudiano*, de la palabra en la historia redimida por la poesía, no dejamos de escuchar la pena de César Vallejo recogida en su obra póstuma, *España aparte de mi este Cáliz* ([1939] 2011). Una Lengua, un idioma, desde México hasta Tierra del Fuego, ¿cuántas quedaron a la vera de la historia? Mapudungún, quechua, aymara. ¿Cómo el diseño visual responde a esa transliteración de lenguajes?, ¿qué forma tendrán los signos?, ¿qué familias tipográficas responderán al habla de los pueblos originarios?

La función del sonido de las palabras

Expresada la relación provocada por el Descubrimiento de América y la posibilidad de redención desde el lenguaje y la creación artística, como un modo de ir al encuentro, escuchemos el sonido poético en la obra de Mario Benedetti, *Biografía para encontrarme* (2010). En ella se despide de todos y lo hace con un canto a la vida, proponiéndonos tareas, dejándonos preguntas, cuestionando la existencia:

Acompáñenme a entrar en el paréntesis
que alguien abrió cuando parió mi madre
y permanece aún en los otroras
y en los ahora y en los puede ser
lo llaman vida si no tiene herrumbre
yo manejo el deseo con mis riendas
(Benedetti, 2010: 13).



El uruguayo deja abierta la lectura; al leerlo al lector acude el sentido de la vida, su trascendencia. El lector escucha el decir del poeta que hace destilar la vida y que se planta frente a ella como un paréntesis que rige entre los otroras y los puede ser. Es la voz del viejo maestro. Pero en Bolivia encontramos a un joven poeta, Benjamín Chávez, premio de poesía, quien desde lo mínimo nos proyecta a lo sublime.

| Nada o nadie
: sucede apenas
| (Chávez, 2007: 23).

Estas dos únicas líneas del poema de Chávez son la maravillosa exclamación desde la ausencia. Sitúa al lector en la posibilidad de ver todo desde el sonido de las palabras, sin acudir a ninguna imagen, tema o compleja definición. Leído el poema, sin conocer su título, éste alcanza la máxima riqueza. Escuchar el *sonido de las palabras* es imprescindible, pero al ciudadano no le parece necesario, puede prescindir de esa práctica, es más, podría abrumarle porque empezaría a escuchar sus propias voces y ello lo atemoriza. Dejar de escuchar el sonido de las palabras es peligroso, se deja de escuchar la voz interior, se omiten las llamadas *voces del cuerpo*.

Cuando dejamos de escuchar nuestro cuerpo empezamos a omitir la vida, autoejecutamos un aborto,



evitamos la posibilidad de comunicarnos con sentido humano desde la piedad, propendiendo a la sabiduría y buscando la justicia. Es menester reconocer los sonidos, contemplar la sonoridad y los silencios; éstos son como las pausas del blanco en una pintura, permiten ver el color, disfrutar del matiz, observar los pasajes de luz y de sombra, como es la vida. Válido para el diseño de interfaz digital, válido para la edición web, ¡lo vemos en el video arte! Al reconocer el valor de los sonidos, rescatamos la palabra, la sacudimos de los prejuicios con que la vestimos, que son finalmente prejuicios y que la anclan a conservadurismos de sentido, dejándola inoperante para otras incursiones literarias, monopolizando el decir, privándolo de libertad. Abrir la *voz* es abrirla a la polisemia musical, solo así podemos empezar a contemplar. Desde ese reconocimiento que surge de la contemplación audible y meditada de la construcción de la palabra decimos que, *al-decir-el-decir: compasión*, ésta –la compasión– será realmente compasiva. Del mismo modo, la *disciplina* será en tanto tal y la *piedad* será piedad. ¿Cómo en el tiempo de la nube digital, hacemos sentido a la contemplación del sonido y de la imagen?, ¿qué alfabeto vectorizado podrá expresar la contemplación de la belleza nacida en un mundo marginal? ¿Son los tecno-grafiti la respuesta?

Más allá de la connotación o de la denotación semántica de cualquier soporte escritural, subyace el propio sonido que indica un sentido. Si al leer lo hacemos con una actitud poética, develadora de sentido en íntima relación de formas, de ritmos, de alternancias y de contenidos, el acto lector se amplificará al punto de reconocer en la escritura y en la lectura posibilidades discursivas. Escuchar nuestro cuerpo es sentirnos vivos y ponernos en perspectiva de crecer. Leer es abrimos al otro, escribir es hacerlo con el otro, diseñar un cuerpo gráfico es concretar ese *encuentro*.

La comunicación visual y los sentidos en América

Describiré una experiencia:

Imaginemos que nos encontramos en un Club de Yates de alta mar. Todos ellos de diseño, de diseño y de arquitectura marina. Caminamos descalzos por el muelle, el sol tibio nos permite caminar con tranquilidad, la luz del día está en su justa luminiscencia, no molesta al ojo, tampoco hace falta más luz. El agua que golpea los cascos de los navíos emite un agradable aroma perfumado. El rumor del sonido marino y de las aves que nos sobrevuelan completan el panorama. El roce del pie desnudo es agradable, sutil, el maderamen del muelle es perfectamente suave, nuestro cuerpo en plenitud es un receptor. Observamos que todos los yates tienen formas, estructuras, relaciones que atraen nuestra atención. Los materiales ocupados en su justa medida, los brillos y las opacidades. De pronto, un yate provoca especialmente nuestro interés. Es un yate albo, muy blanco, con un matiz semimate en su textura. Nuestros ojos quedan a la altura del casco, por lo tanto tenemos «un blanco» frente a nosotros. Del navío observamos su tamaño y sus formas, pero de pronto nuestro ojo acusa, es direccionado a un lugar, a un punto preciso. Nos acercamos y vemos una mínima parte de la pintura fracturada, nos acercamos aun más y vemos cómo el orín del metal rezume desde el interior (Ayala, 2007).

¿Qué expresa la experiencia narrada? ¿Qué condiciones de lectura y de observación comparecen o se manifiestan? ¿A qué actitud lleva al paseante? ¿Cuáles son las sensaciones que se viven? Lo anterior se puede sintetizar en que todo nuestro cuerpo es un órgano receptor, más aún, la actitud estética debiera ser una característica de todo ciudadano letrado o, al menos, medianamente instruido; esa actitud abriente y crítica desde los sentidos es un imperativo de todo estudioso y profesional de la comunicación visual, a mayor razón, en la América de la desigualdad. El oficio del comunicador debe ser un puente, un enlace que relacione, virtuosamente, obra y públicos. El comunicador debe abrirse a la contemplación de la realidad –como si ésta fuera una obra de arte– y desde esa sensibilidad activada, generar su obra o su artefacto de comunicación. Solo al escuchar las voces del cuerpo se enriquecerá la identidad local en la que depositará su obra; así cumplirá los fines de diseño y de comunicación pero con un sentido desde los Sentidos.

Un ejercicio más. Leamos el poema «Barrio recuperado» (2011), de Jorge Luis Borges. Dispongámonos a leer el sonido, a escuchar el sonido de las palabras; observemos la poesía, contemplemos.

Nadie vio la hermosura de las calles
hasta que pavoroso en clamor
se derrumbó el cielo verdoso
en abatimiento de agua y de sombra.
El temporal fue unánime
y aborrecible a las miradas fue el mundo,
pero cuando un arco bendijo
con los colores del perdón la tarde,
y un olor a tierra mojada
alentó los jardines,
nos echamos a caminar por las calles
como por una recuperada heredad,
y en los cristales hubo generosidades de sol
y en las hojas lucientes
dijo su trémula inmortalidad el estío
(Borges, 2011: 25).

Debemos ser capaces de decir lo que sentimos, lo que pensamos, lo que soñamos, y decirlo no solo con palabras sino con todas las expresiones que estructuran la cultura. Los grandes artistas son la guía, su palabra debe ser considerada abriente y no cerrante; deben los versos ser repetidos no como canto reiterado sino como canto creado; que cada niño que los lea y los cante, viva un momento poético y, tal como en la creación que es un acto libre, deben los americanos ejercer desde la libertad de los sentidos, el derecho a la libertad de ser, proyectándose a lo hondo, a lo ancho, a lo alto para ver lo que hay que ver, que

decir, que oler, que gustar y que tocar (Sepúlveda, 2010). Los sentidos y la poesía harán posible que los ciudadanos y los poetas vayan hilando la cuerda que ate el *encuentro* en la historia, aprender a escuchar el sonido de las palabras nos hace humanos.

Cuando los hombres comienzan a escuchar su cuerpo, pueden empezar a escuchar el cuerpo del otro, pero para ello el hombre debe guardar silencio hasta escuchar el clamor de su propio torrente sanguíneo, tal como nos lo expone Raúl Zurita (2000), premio nacional de literatura de Chile. El poeta expresa que el escucharnos nos admite escuchar el *sí* de la vida, un aceptarse a cada minuto y aceptar al otro. Si los sentidos se amplifican al punto de que todo nuestro cuerpo es un órgano receptor, indefectiblemente, nos vamos haciendo menos egoístas, más tolerantes y diversos. De esa amplificación sensitiva irrumpe la presentización –no la mera presencia– de que estoy frente de un ser que está tan solo como yo y en el que puedo reconocer ese *sí*, ese latido. Desde ese reconocimiento puedo avanzar en un diálogo, una voz que comparte la búsqueda de una verdad que encontraremos juntos, mediada por la palabra ajustada a la razón, pero alumbrada por el sentimiento y nacida desde los Sentidos.

A esto lo llamo «las voces del cuerpo desde el sonido de las palabras», cuyo valor radica en que es el instrumento que nos abre la mirada.

La sociedad y la cultura: a modo de cierre

En América subsiste una paradoja: tenemos una cultura fuerte, pero instituciones débiles. Trasladar la continuidad y el vigor de la cultura a las instituciones, políticas y económicas, es el gran desafío y esto no puede hacerse sin el concurso de la sociedad civil, caracterizada hoy, a comienzos del siglo XXI, por estar intercomunicada a partir de un modelo topológico excéntrico. En América la sociedad civil es débil. Las consecuencias son malestar, ciudadanos indignados, explosión social; los desenlaces posibles: caudillos de turno y regímenes militares. Esto en un contexto caracterizado por la unipolaridad geopolítica, la que encuentra oposición universal, baste recordar a los ya clásicos, indignados en la Puerta del Sol o las manifestaciones de Atenas, de medio oriente, etcétera. Otro factor que da un sentido nuevo a la indignación social es que la tecnología propende como nunca antes al individualismo, a que se pierda el cuerpo y el cuerpo a cuerpo; a tocarse y a sentirse, a olerse y a besarse.

El mejor ejemplo de ello es el sexo virtual. Un tercer factor es la inexistencia del respaldo del dinero metálico, el consumismo se ejecuta desde la virtualización de una promesa de pago infinita, la deuda nunca se extingue.



La única manera de superar esta situación en la que las personas no encuentran alternativas al modelo único, en la que no se tocan sino que intuyen una telepresencia, en la que no concretan un saldo de compra, en la que la caridad individual también se ha institucionalizado, es fortalecer la relación sociedad y la cultura; estas son inseparables, sin ello la economía seguirá siendo frágil y la democracia estará amenazada. Privilegiar la democracia, no descuidarla ni denostarla al punto de destruirla y, más importante aún, siempre lactar del pecho nutricio de la cultura en que nació, son tareas a cumplir. Esa será la única garantía para que no se pierda el destino, para que no se apaguen el ideal y la utopía. Por esto deben siempre escucharse las voces del cuerpo, aprender a escuchar el sonido de las palabras y considerar al cuerpo como un gran órgano receptor, como lo hicieron nuestros historiadores, poetas y artistas por allá en la vieja España. Maestros tenemos a la mano, leámoslos, sintámoslos, ellos nos ayudan a construir nuestro relato, voz que al integrar virtuosamente teleología y axiología (nacida de un nutrido piso epistemológico) hace posible el encuentro en la historia. Esta tarea constructora de civilidad, de gestión y de administración política implica que en una sociedad medial, de soportes inasibles, de redes de comunicación, de redes sociales excéntricas, multiformes y aparentemente dispersas, el que ejerce la condición de ser un comunicador deba fortalecer su propia experiencia corporal. Lo que narre visualmente tendrá fuerza y sentido, solo si los hace desde los Sentidos. Es una oportunidad para superar el quiebre secular acontecido hace más de cinco siglos, cuando fuimos considerados «la periferia del Imperio». Hoy estamos en condiciones, a razón del contexto global, de ser simultáneamente centro y periferia. Un comunicador no puede negarse a lo uno o a lo otro, pero su trabajo tendrá identidad si puede relevar lo local, lo particular, lo propio y ello a partir de su propio cuerpo, cuerpo instalado en la América de los Sentidos.

Referencias bibliográficas

Ayala, Juan (2007). «Hemos venido diciendo, entre pontífice y cicerón». *Conferencia de teoría de la percepción estética*. Valparaíso: Universidad Técnica Federico Santa María.

Benedetti, Mario (2010). *Biografía para encontrarme*. Buenos Aires: Seix Barral.

Borges, Jorge Luis (2011). *Obras completas (libro 1)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Chávez, Benjamín (2007). *Pequeña librería de viejo*. La Paz: Plural.

Durán, Juan (1999). *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Fuentes, Carlos (1992). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fuentes, Carlos (2002). *En esto creo*. Buenos Aires: Seix Barral.

Martí, José (1963). *Nuestra América*. La Habana: Editora Nacional de Cuba.

Neruda, Pablo [1950] (2004). *Canto general*. Barcelona: Seix Barral.

Sepúlveda, Fidel (2010). *Patrimonio, identidad, tradición y creatividad*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Vallejo, César [1939] (2011). *España, aparta de mí este cáliz*. Barcelona: S.L.

Zurita, Raúl (2000). *Sobre el amor, el sufrimiento y el nuevo milenio*. Santiago de Chile: Andrés Bello.